

The Mirror Column - Spanish
8-21
Bishop William Joensen

Aún Juntos después de Todos Estos Años

Nuestras celebraciones de Agosto de la Fiesta de la Asunción y la desplazada fiesta de María, Reina del Cielo – la fiesta patronal de nuestra Diócesis – motivan algunas agradables reflexiones sobre lo que significa estar unidos en la gracia tanto en unos con otros y como iglesia local aunada por los lazos del Espíritu de fe, de amistad, y de nuevas oportunidades para elevarnos unos a otros en amor. Este mes marca también la celebración del 110 aniversario de la fundación de nuestra Diócesis de Des Moines. ¡Feliz cumpleaños hermanos y hermanas en Cristo!

Nuestro génesis como Diócesis no fue una hazaña fácil, ya que los obispos de Davenport Cosgrove y su sucesor James Davis no estaban muy contentos de soltar los lazos dentro de la mitad sur del estado de Iowa y permitir que los condados del oeste formaran su propio cuerpo orgánico de los fieles. Pero con la ratificación del papa a las solicitudes de formar una nueva diócesis el 6 de agosto de 1911 y la directiva del 31 de agosto de 1911 al Obispo Davis por parte del nuncio papal Falconio para que pagara los costos administrativos de la “fisión” de Davenport y Des Moines - ¡vaya forma de impuestos sin representación! – nació nuestra Diócesis.

En su Asunción, el pasaje en gracia de María de la tierra al cielo le permite trascender el miedo y sentimiento de ruptura que induce la muerte ordinariamente. La perdurable unidad de su cuerpo y alma mientras es llevada por los ángeles y los santos a la compañía de su glorioso Hijo es la culminación de una peregrinación de vida en donde ella estaba protegida del pecado y triunfa sobre las fuerzas que quieren perturbarle a ella y a la integridad misma de nuestras vidas. María permanece como una compañera sutil de baile del Espíritu Santo cuando su Hijo es

concebido, cuando se apresura a visitar a su prima Isabel en una fuente de alegría, y es una sublime vocalista cuando su “alma proclama la grandeza del Señor, se alegra su espíritu en Dios mi Salvador.” Ella mantiene su ingenio as dar a luz y luego huir junto con José a Egipto y regresar eventualmente a una vida oculta en Nazaret. Ella sufre, pero no se desespera cuando muere José, cuando su Hijo empieza su ministerio público, cuyo significado no siempre logra ella entender (ver Marcos 3:21, 31-34. Pero aún así ella confía y permanece verdaderamente presente con todo su ser a la carne de su propia carne hasta el último aliento terrenal de Jesús en la Cruz.

María tiene el privilegio de anticipar el primer aliento del Espíritu de su hijo Resucitado, y se mantiene en este Espíritu hasta ella tomar su último aliento. El alma de María no se divorcia nunca de su cuerpo, porque por ella se cumple la intención de Dios de que logremos una coordinación armoniosa de nuestros potenciales físicos y espirituales para que podamos compartir plenamente la promesa misericordiosa de Dios de llevarnos hacia sí mismo. Qué doloroso fue ver a la decorada gimnasta olímpica y mujer de fe católica Simone Biles sufrir los efectos del “twisties” que le dejó desorientada e incapacitada para competir, impidiéndole lograr la perfección atlética que tenía a su alcance.

Qué mayor angustia y desencanto vivimos al sentir que nuestro cuerpo nos traiciona en los diagnósticos de cáncer, esclerosis múltiple, Parkinson, diabetes infantil o en adultos, o cuando nuestras mentes o las de nuestros seres queridos se empiezan a apagar debido a la demencia o a un infarto cerebral, por depresión, bulimia u otra condición mental. Como lo señala Robert Sokolowski, cuando nos enfermamos, nuestro propio “yo” se convierte un problema al analizar sobre la interrupción de nuestra subjetividad personal y estamos tentados a vernos a nosotros mismos como un montón de partes que se han armado, una bolsa de objetos que están

destinados a disolverse en el olvido a menos de que alguien tome acciones drásticas. El alma y el cuerpo pueden parecer competidores antagonistas que son fuerzas foráneas en vez de ser poderes inherentemente colaborativos y dependientes uno del otro.

Uno de los mayores retos que enfrentan nuestras familias y nuestra sociedad es la creciente atención que se dedica a la situación de personas que sufre de disforia de género / discordancias de identidad de género. La molestia que sufre la mayoría de la gente durante la pubertad y el proceso de maduración psicosexual es raramente fácil y por lo general es confuso. Para algunos jóvenes, quienes en algún punto de su vida temprana han sufrido algún trauma sexual o de otro tipo, el sentido de ser ya sea masculino o femenino viviendo en un cuerpo equivocado se conecta frecuentemente con un sentido de aislamiento dentro de uno mismo y con la gente que les rodean. Aquellos que promueven intervenciones dramáticas tales como prescribir bloqueadores hormonales contra el desarrollo sexual o cirugías que pueden alterar los órganos sexuales y rediseñar su propia fisiognomía, ya sea dentro de las comunidades médicas o LGBTQ+ o incluso sus propios padres y familias, pueden representar un esfuerzo bien intencionado a eliminar el sufrimiento.

Pero estas actitudes representan un error fundamental de nuestra identidad esencial humana como compuestos originales de cuerpo y alma que son vulnerables desde el momento de la concepción ante todas las fuerzas disruptivas como enfermedades y el pecado original (incluyendo las desafortunadas instancias de anomalías físicas o genéticas tales como el hermafroditismo o la intersexualidad.) Cada uno de nosotros somos creados por Dios desde el primer momento de nuestro ser – como con María y José – para ser esta alma en particular con la intención de activar este cuerpo sexual en particular, cuya raíz es nuestro llamado vocacional a

acompañarnos los unos a los otros en el peregrinar en que tomamos nuestro lugar apropiado en compañía de los hijos de Dios.

Los datos médicos que están surgiendo confirman que las llamadas cirugías de alteración de género y la disrupción química del desarrollo sexual que es un paso precedente no cumplen con el alivio terapéutico a largo plazo que prometen. Tristemente, la tendencia al suicidio por parte de estos pacientes no ha disminuido. Nosotros no queremos ser cómplices con el pensamiento cultural que simplemente se cruza de brazos y sigue al ritmo irregular de las voces que demandan que se cumpla con lo que es un error fundamental de nuestra personalidad humana.

En el umbral del cielo, Cristo es por siempre el primer fruto de la vida eterna, seguido por aquellos que pertenecen a Cristo, con María su madre principalmente en el grupo de los santos ya que ha sido asumida en el cielo, y es luego coronada con las estrellas de la más hermosa hija de la humanidad. Probablemente para las personas que sufren discordancia de identidad de género, el yugo de sufrimiento con el que cargan no pueda ser totalmente apaciguado hasta que Cristo destruya toda autoridad y poder, incluyendo a la muerte misma, y nos entregue al Padre como la posesión más preciada de su Reino. Nos conformamos en la verdad Evangélica de que aquellos quienes comparten más plenamente el cáliz del sufrimiento de Cristo serán saciados hasta rebosar con el vino nuevo del Espíritu del gozo.

Mientras tanto, en este lado del valle de lágrimas, nos comprometemos a amarnos los unos a los otros incondicionalmente, a estar presentes en el acompañamiento de unos con otros a través de cualquier crisis personal que pudiéramos enfrentar en los caminos de nuestras vidas, incluyendo cualquier cruz que sintamos que no podamos cargar por nosotros mismos. Solicitamos al Espíritu que podamos discernir prudentemente para poder distinguir las voces que

a final de cuentas esparcen y dividen dentro de sí mismas a las personas contra aquellos que buscan consolidar los lazos de angustias y trayectos compartidos que, por la gracia de Dios, nos unen los unos a los otros más cercanamente en actos de compasión y cariño.

Cuando respetamos el “yo” que nos ha dado Dios, descubrimos nuevamente que “nosotros” tomamos parte pluralmente en la comunión de personas que deben permanecer juntas hasta que en un desconocido número de años nos entreguemos a la eternidad. Con San José, declaramos nuestro propio “fiat,” que así sea, en cualquier reto que se nos imponga, tal como lo hizo María en la Anunciación (y en su Asunción), y como lo hizo Jesús en el huerto de Getsemaní.

Y nos convertimos aún más en la Iglesia que Dios quiere que seamos cuando nos creó y nos llamó, y cuando por su designio providencial vino a ser la Diócesis de Des Moines hace 110 años. Que Dios continúe brillando continuamente sobre nosotros y que nos bañe con sus gracias al comenzar una nueva década, avanzando hacia nuestro segundo siglo de misión e identidad como los fieles de Dios en el suroeste de Iowa.